

Reseña

La complejidad esencial de la filosofía científica

Viviana Román González
Grupo Desarrollo Cognitivo
Facultad de Educación

El filósofo y ensayista francés Gastón Bachelard, a la vez que filósofo, crítico y epistemólogo, era también un científico, un pensador profundo y un poeta. Sus trabajos reflejan tanto su precisión científica como su sensibilidad poética. En sus libros estos dos aspectos no están entremezclados, sino que, más bien, se alternan. Su obra *El nuevo espíritu científico*, nos presenta una perspectiva amplia acerca del pensamiento científico contemporáneo. En estas líneas será abordada la parte introductoria del libro, la cual se divide en tres partes, expuestas a continuación.

La parte inicial plantea que el hombre es un ser complejo, y como tal, busca desarrollarse de manera integral. Uno de los aspectos que rigen este desarrollo es la metafísica o cosmovisión, pues con base en ella la persona construye y da sentido a su vida. Esta manera de ver el mundo se sustenta sobre

dos dimensiones: la realidad inmediata, entendida también como el mundo exterior (realismo), y la mediata, conformada por las “leyes del espíritu” (racionalismo). En repetidas ocasiones estas actitudes son vistas como contradictorias entre sí; sin embargo, gracias a múltiples experiencias, no sólo en el campo científico –del cual se ocupa la obra– sino en muchos otros, ha sido posible notar la influencia del racionalismo en la gran mayoría de los postulados realistas, y viceversa, lo cual descarta el carácter absoluto de estos pensamientos y conduce a estructurar ideologías más objetivas y amplias, basadas en una filosofía que reconozca esta dualidad existente en la ciencia, en la cual podemos observar una dialéctica constante entre sus dos componentes característicos.

Aun así, el carácter científico es bien claro al buscar, experimento tras experimento, llevar a la realidad

material las ideas: tal es el caso de la matemática que, siendo en principio una ciencia ideal, lleva consigo una aplicabilidad en lo “real”, consumada en el momento mismo en el cual, por medio de conceptos abstractos, el pensamiento logra una comprensión de los hechos, haciéndose más consistente. Esta abstracción es muy relevante para la concepción de la ciencia contemporánea, que se basa en una realidad comprobada experimentalmente, dejando atrás la formulación de juicios e hipótesis de orden intuitivo y dándoles un lugar incluso a aquellos razonamientos falsos que, dada su naturaleza, parecieran no tener utilidad, pero gracias a los cuales es posible no sólo la obtención de nuevas teorías y descubrimientos, sino el surgimiento de un pensamiento científico renovado, basado en la llamada filosofía del por qué no, que introduce postulados innovadores, capaces tanto de funcionar por sí mismos como de ampliar el horizonte de la ciencia, haciéndolo así más completo.

Dentro de este nuevo marco de la filosofía científica, se imponen nuevas condiciones de experimentación y formulación de teorías: Todo experimento debe obedecer al desarrollo de una base teórica bien fundamentada, con el fin de, como se dijo anteriormente, superar la etapa de la prueba intuitiva. Es interesante notar cómo las corrientes opuestas del racionalismo y el realismo interactúan constantemente. Estos dos “enemigos íntimos” forman,

en conclusión, un dúo dinámico, mediante el cual se moldea el pensamiento científico moderno. Sin embargo, es claramente observable que el vector científico se dirige ahora mucho más hacia la construcción de una línea mayoritariamente racional, en la medida en que su base es la realización de una idea inicial: llegamos pues, a una filosofía científica construida sobre pensamientos aplicados.

La segunda parte plantea el problema que implica para el científico el dualismo de la ciencia, dado que esta última siempre ha sido concebida bajo la idea de la unidad, y cambiar esta concepción implica un replanteamiento de su metafísica, entendiendo en principio cómo sus dos puntos base no son contrarios, sino complementarios. Con este fin, propone una “pedagogía de la ambigüedad”, que poco a poco implemente las herramientas para la construcción de una conciencia receptiva y comprensiva hacia estos nuevos postulados.

El tercer y último aparte esboza, a grandes rasgos, el contenido general de la obra. A lo largo de ella, se podrá apreciar el desarrollo del espíritu científico a través de las edades, y cómo este proceso ha dado lugar a propuestas científicas innovadoras que hoy son fácilmente apreciables en todos los campos relacionados con el complejo y a la vez fascinante mundo de la ciencia.

Es preciso señalar aquí el aporte del texto, por cuanto presenta la

realidad del pensamiento científico moderno y demuestra, con evidencias precisas, por qué en la actualidad racionalismo y realismo ya no son considerados como corrientes irreconciliablemente opuestas, sino como herramientas de utilidad invaluable para el científico de todos los tiempos. En conclusión, queda resuelto el interrogante: ¿Realmente existe una pugna entre realismo y racionalismo? Evidentemente existió, en los pensamientos iniciales

de la ciencia, cuando ésta era concebida enteramente a imagen y semejanza del mundo material. El pensamiento renovador nos lleva a descubrir que no hay tal pugna, sino una interacción interesante, además de necesaria en este asunto; aun así, a lo largo de la lectura se evidencia el carácter mayormente racional de la ciencia moderna, dentro del cual la ciencia se preocupa, en esencia, por llevar a la realidad aquello que primero estuvo en la razón.

Bibliografía

Bachelard, G. (1985). El nuevo espíritu científico. México: Nueva Imagen, pp. 9-23.